

Viveca STEN

El secreto de la isla



MAEVA NOIR

EL SECRETO DE LA ISLA

VIVECA STEN

MAEVA defiende el copyright©.

El copyright alimenta la creatividad, estimula la diversidad, promueve el diálogo y ayuda a desarrollar la inspiración y el talento de los autores, ilustradores y traductores. Gracias por comprar una edición legal de este libro y por apoyar las leyes del copyright y no reproducir total ni parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, tratamiento informático, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47, si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. De esta manera se apoya a los autores, ilustradores y traductores, y permite que EMBOLSILLO continúe publicando libros para todos los lectores.

© Viveca Sten, 2019

© de la traducción, Albert Herranz

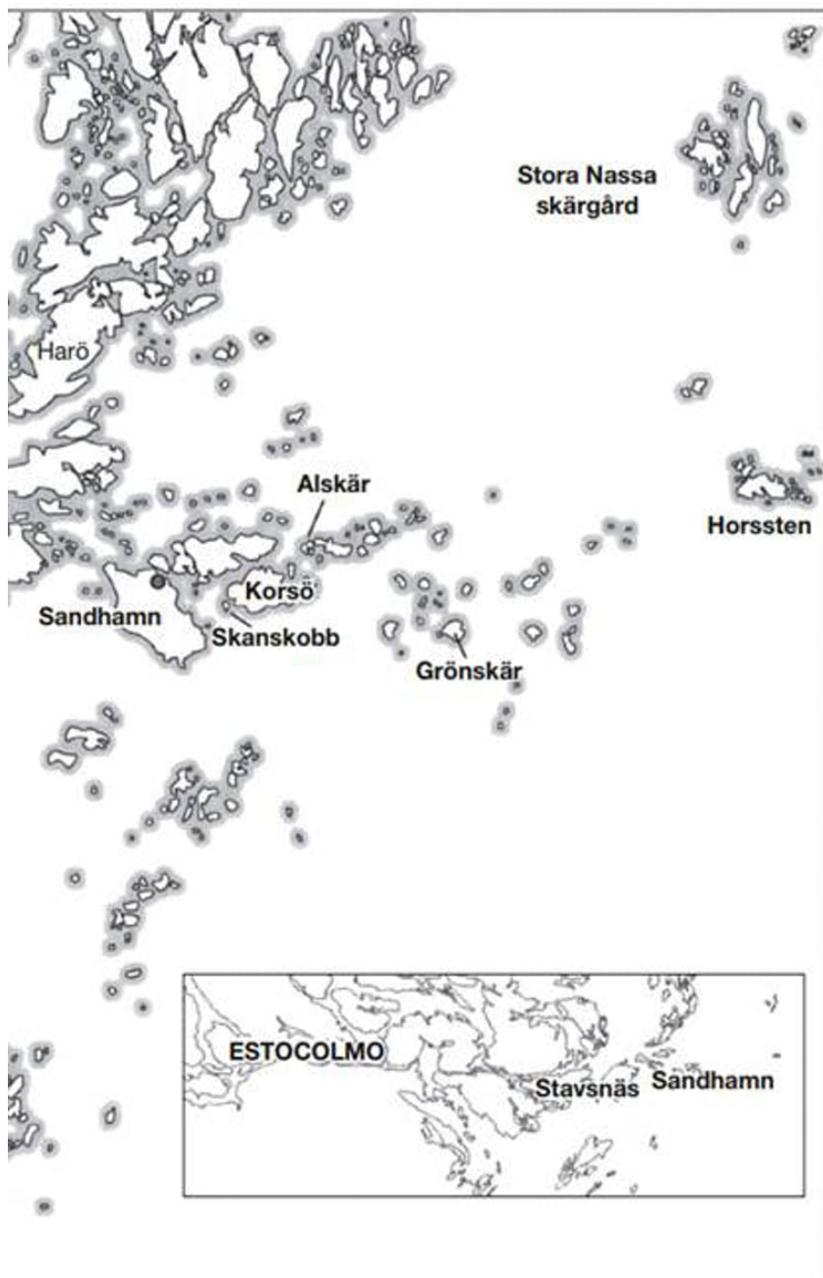
© de la cubierta, Sylvia Sans Bassat

© Maeva Ediciones, 2019 Benito Castro, 628028 MADRID
DRIDemaeva@maeva.es
www.maeva.es

ISBN: 9788417708306

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L

A Lennart, sin ti solo soy la mitad





La isla de Sandhamn es un pintoresco enclave del archipiélago de Estocolmo. Formado por un conjunto de 24.000 islas, está situado frente a la capital sueca y se ha convertido en una zona muy turística. A principios del siglo XVIII, tenía una población de 2.800 personas, en su mayoría pescadores. Hoy, los habitantes del archipiélago, que cuenta con más de 50.000 casas repartidas entre las distintas islas, se dividen en veraneantes y residentes que, en su mayor parte, trabajan en Estocolmo.

Originalmente la isla se llamaba Sandön, «isla de la Arena», mientras que Sandhamn era el nombre de un asentamiento situado en el noreste.

Las islas que forman el archipiélago son muy populares entre los aficionados a la navegación y son un escenario ideal para una novela de misterio como *El secreto de la isla*.

PRÓLOGO

El chapoteo le recordó el ruido que hacen los niños mientras juegan en la bañera. Si cerraba los ojos, podía ver una playa con los críos correteando despreocupados de aquí para allá.

Después, un último chapoteo y el agua rebasó el borde del cubo y se derramó por el suelo.

Los brazos que antes se habían agitado se relajaron. Las piernas todavía se movían, como si fueran pececillos de plata yendo de un lado a otro sin rumbo ni objetivo. Movimientos espasmódicos.

Finalmente, las piernas dejaron de moverse. El goteo lento del grifo era lo único que rompía el silencio en aquella habitación encalada.

Recordaría ese sonido toda la vida.

Un fuerte olor a jabón impregnaba el ambiente. El olor a pino le penetraba por la nariz y le producía náuseas. Se recompuso. El miedo lo supera todo.

Sintió un calor que le recorría el muslo y comprendió que se había orinado.

Daba igual. De todas formas, ya era tarde.

El grifo continuó goteando.

DOMINGO, 16 DE SEPTIEM- BRE

(PRIMERA SEMANA)

1

La chica parece asustada. —Tienen que venir, ahora, inmediatamente.

—¿Puede decirme primero su nombre?

La voz profesional del 112 es aséptica, sin llegar a ser desagradable. En la pantalla, las cifras digitales muestran la hora exacta: las diez y tres minutos de la mañana.

—Es terrible..., es Marcus.

—¿Puede intentar explicarme qué ha pasado? —pregunta la operadora—. Tranquilícese y cuénteme.

—Estoy en su casa.

—Deme una dirección.

—No respira. Está colgado. —El llanto y el hipeo se mezclan al responder—. No puedo descolgarlo.

—Deme la dirección de donde está.

Se oye de fondo a los demás compañeros del servicio que atienden otras alertas. Hasta el momento, el día había sido tranquilo. Es un domingo por la mañana y las emergencias del sábado por la noche ya se han atendido. La operadora comienza su turno a las seis de la mañana y a estas horas se ha tomado ya tres tazas de café.

—¿Dónde está? —le vuelve a preguntar.

Ahora la joven al otro lado del teléfono se calma.

—En la calle Värmdögatan 10 B, en Nacka. —La chica pronuncia las palabras con dificultad—. Donde están los pisos de los estudiantes —dice entre sollozos—. Habíamos quedado para estudiar juntos.

—¿Cuál es su nombre?

—Amanda.

—Amanda, ¿qué más?

—Amanda Grenfors.

Las palabras son espesas, confusas, como si no pudiera asimilar lo que está viendo.

—Intenta contarme qué ha ocurrido.

Mientras habla, la operadora toma notas. La dirección donde está la chica está muy cerca de la comisaría de Nacka. En pocos minutos la Policía se podrá personar ahí.

—Marcus cuelga del techo de una cuerda —dice la chica—. Tiene la cara azul.

Se le rompe la voz.

La operadora espera. Pasan unos segundos. Luego se oye en voz baja:

—Creo que está muerto.

El portal del edificio está abierto cuando llega la policía. La casa se construyó en los años cuarenta y la cantidad de bicicletas aparcadas delante delata que se trata de una vivienda para estudiantes. Es uno de esos edificios que se rehabilitaron para intentar paliar la enorme necesidad de viviendas estudiantiles que había en la capital.

Los dos policías suben por una escalera y se adentran por un pasillo largo con una decena de puertas a cada lado. Pasan por delante de la cocina, donde una pila de platos sucios llena el fregadero. Sobre uno de los armarios hay una nota escrita a mano: «¡Recoge tus cosas! ¡Tu madre no vive aquí!».

No hay nadie, tan solo una bolsa de basura sin atar en una esquina. Por el olor se puede suponer que lleva ahí bastante tiempo.

Al fondo del pasillo hay una puerta abierta. Junto a la entrada del apartamento, con la espalda apoyada en la pared, hay una chica sentada. Viste vaqueros, zapatillas de deporte negras y un jersey enorme rojo oscuro demasiado grande para su cuerpo delgado.

—¿Te llamas Amanda? —pregunta la policía.

—Hmm.

Una cara surcada por las lágrimas se gira hacia ella. La policía se agacha y roza ligeramente la mano de la joven.

—¿Cómo te encuentras?

—Está colgado allá dentro. —Levanta la mano derecha y señala temblorosa—. Del gancho de la lámpara.

Los policías miran hacia donde indica la chica. Está amaneciendo, en la luz repentina que entra en la habitación se pueden ver pequeñas motas de polvo flotando en el aire. Forman un aura brillante en torno al solitario cuerpo que pende del techo. La cabeza colgando y el ángulo del cuello confirman lo que ya sospechaban.

Marcus Nielsen está muerto.

2

Corría sobre el hielo crujiente a las afueras de Sandhamn. El hielo se resquebrajaba bajo sus pies. El agua lo envolvía y sentía como si los dedos de las manos y de los pies se rompieran, congelados. La fría corriente marina presionaba el aire en sus pulmones e impedía que le llegara oxígeno a la sangre.

Pronto se ahogaría en aquel canal tan profundo. Nadie vendría a rescatarlo porque nadie sabía que estaba allí.

Lloraba.

No quería morir. No de esa manera. No tan solo y sin poder despedirse.

El agua que congelaba su cuerpo le drenaba toda la energía y se arrepentía de todo lo que no había hecho o dicho hasta entonces.

Pero ¿cómo habría podido saber que su tiempo se acababa?

Mientras perdía la sensibilidad del cuerpo se dio cuenta de que su corazón latía más despacio, que estaba perdiendo la conciencia. Pronto un falso calor se extendería a través de las venas, él dejaría de luchar y todo habría acabado.

Sin embargo, no quería morir así. No ahora. No sin Pernilla a su lado.

Tenía tanto frío que se dejó ir. Se hundió de nuevo en el agua fría y notó que se le adormecía el cuerpo. Ya no podía ofrecer más resistencia.

Sonó, estridente, una alarma rabiosa que pedía su atención. Abrió los ojos y entendió que estaba en su cama. Per-

nilla respiraba profundamente a su lado.

Alargó el brazo y buscó el teléfono sobre la mesita de noche. Los dedos se cerraron en torno al objeto de metal, pero el móvil cayó al suelo.

Dejó de sonar durante unos segundos y al cabo de un rato comenzó de nuevo. Más alto esta vez. El sonido no paraba y Pernilla se movía inquieta a su lado.

—Es tu móvil —murmuró.

Su voz le devolvió a la realidad.

Giró las piernas sobre el borde de la cama, pero cuando fue a apoyar el pie izquierdo en el suelo estuvo a punto de perder el equilibrio. Aún no se había acostumbrado. Se agachó y recogió el móvil.

Al presionar el aparato contra su mejilla, este quedó húmedo por sus lágrimas.

Su voz sonó áspera cuando contestó.

—¿Sí? Soy Thomas.

3

De camino al coche, Margrit Grankvist repasó la escueta información que le había facilitado la jefatura.

Estaba desayunando con Bertil cuando la llamaron. Las dos niñas aún dormían. Bertil alzó la nariz por encima del borde del periódico y enseguida entendió que Margrit tenía que irse.

A esas alturas ya estaba acostumbrado. Margrit esbozó una sonrisa cuando pensó en su marido. Era profesor de instituto, de inglés y sueco. Sabía que algunas de sus amigas no lo consideraban el más interesante de los hombres. Sin embargo, llevaban juntos más de veinte años y tenían dos preciosas hijas adolescentes. Anna terminaría el bachillerato en primavera y Linda lo acababa de empezar.

Margrit abrió la puerta del coche y se sentó en el asiento del conductor. Era una mañana fría, ya empezaba a notarse la llegada del otoño. El veranillo de san Miguel que habían disfrutado durante unas semanas pronto sería sustituido por vientos fríos y cielos nublados. Las noches comenzaban a ser más oscuras. Los días se acortarían hasta tener solo seis horas de luz débil.

Hasta que volviera a cambiar.

A Margrit le costaba cada vez más aguantar el largo invierno sueco. Últimamente había comenzado a soñar con un apartamento en el sur de España. Un lugar al sol para Bertil y ella cuando las niñas se fueran de casa.

El móvil sonó y vio que le había llegado un mensaje con más datos del muchacho muerto. Tenía veintidós años, a